



Dio dos pasos y enseguida se unió a los transeúntes. ¿A dónde diablos se dirigían todos? ¿Había algo que Faustino desconocía, un suceso singular, una llamada secreta que impulsaba ese desenfundado transitar?

¿Podría él, más allá de los resquicios de su vida trizada, descubrir ese sentido, esa lúcida transparencia en la que los otros, esas decenas de hombres y mujeres que caminaban a su lado, parecían habitar, tan seguros, a pesar de la canícula y el sopor?

Un desasosegado Faustino Alcázar espera y ansía la llegada de su asesino. Mientras vive atrapado entre su presente en Quito –imparte clases de literatura en una universidad infértil, fracasa cada tanto en la escritura de una novela, padece la canícula y se acostum-

bra a los suicidios provocados por el calor– y el recuerdo de una intensa temporada en Lisboa, donde conoció a la Portuguesa y a Margarito, seres que lo marcarán para siempre. Con el pasar de los años, Faustino revela las secuelas de una vida de evasiones.

A fuego, como el Quito que arde en llamas en esta novela, en Los años perdidos están grabadas la memoria de una ciudad, Lisboa, y una mujer; ambos torturan al protagonista durante décadas, con saltos temporales donde la conciencia culpable siempre se conjuga en presente. Castro Rodas suma esta novela al recorrido irónico que hace su obra narrativa por la mentalidad ecuatoriana, salpicada de humor y referencias literarias

*Leonardo Valencia*